

ÁLVARO. Diablo de muchacha... Es graciosa de veras... Y de qué malísima gana va á ver á San José bendito. *Pasea abstraído, hablando solo.* No, no olvidaré yo fácilmente los días de Arenales... ¿Y la otra? ¿Dónde andará la otra? La busca con la vista. Bah; es lo mismo... ¡Qué bonita es! ¡Y qué resignación más triste y más disimulada la suya al abandono de los hombres!... Esperar, esperar... Tener el alma llena de amor, y pasar sin amor la vida...

*Llega por la izquierda GASPAR.*

GASPAR. Zeñorito.

ÁLVARO. *Sin verlo.* ¡Pobres mujeres!... Siempre á merced de nuestro egoismo, de nuestra ligereza...

GASPAR. Zeñorito Álvaro.

ÁLVARO. ¿Eh? ¿Qué quieres?

GASPAR. Que con permizo de usté me paece mu mala zeñá que esté usté hablando zolo.

ÁLVARO. Muy mala, Gaspar; indudablemente.

GASPAR. Güeno, pos usté dirá: ¿enziyo, ó nos queamos?

ÁLVARO. No te entiendo.

GASPAR. ¿Nos queamos, ó enziyo?

ÁLVARO. ¡Ah!

GASPAR. Porque zi hemos de hacé noche en Cañaverá, y no queremos reventá á las bestias, hay ya que dí penzando en irze. Zon doz horas largas de camino, y er zó paece que tiene priza esta tarde.

*Álvaro pasea pensativo. Después, encarándose con Gaspar, le dice:*

ÁLVARO. Ensilla.

GASPAR. Contrariado. ¿Que enziye?

ÁLVARO. Sí.

GASPAR. Está bien. No se mueve.

ÁLVARO. ¿Qué esperas?

GASPAR. Ya me voy. Volviéndose de pronto. ¿Cómo ha dicho usté?

ÁLVARO. No he abierto mis labios. *Gaspar se rasca.* Ay, Gaspar; ¿sabes que creo que no tienes maldita la gana de irte?

GASPAR. Ninguna, zeñorito. Y con permizo de usté, me estoy oliendo que usté tampoco.

ÁLVARO. Tampoco. Pero ¿qué vamos á conseguir con quedarnos un par de días más? Nada absolutamente. Apareja los caballos. Saldremos de aquí dentro de media hora.

GASPAR. To zea por Dios. No pué uno tomarse apego á na de este mundo... Y pa mí que la Pimienta va á zentirlo.

ÁLVARO. ¿Quién es la Pimienta?

GASPAR. La Pimienta le he puesto yo á eza zeñorita menuiya e cuerpo.. Ya sabe usté cuár digo: eza que ze abanica con las pestañas. ¡La que á usté le gusta, qué rodeos!

ÁLVARO. Bien está. Ensilla.

GASPAR. Ahí viene zu mercé. Místela con er rabiyo'el ojo. Místela qué zuavita anda: paece un torito de papé que lo han azoplao.

ÁLVARO. Calla, hombre.

*Sale SOCORRITO por la izquierda, haciéndose la desentendida.*

GASPAR. ¡Ejem!

ÁLVARO. En tono terminante. Gaspar.

GASPAR. (La jicimos.) Zeñorito Álvaro.

ÁLVARO. No te detengas. Dispón los caballos,

que hemos de estar esta noche en Cañaveral, y va siendo tarde.

GASPAR. Zi, zeñó. Yéndose por la izquierda. (Quien manda, manda; pero me hace la misma gracia que raspá en la paré con un cuchiyó.)

SOCORRITO. ¿Es decir que el mal no tiene remedio?

ÁLVARO. Socorrito. ¿El mal? ¿Qué mal?

SOCORRITO. Le llamo el mal á su marcha de usted esta tarde. Para usted, diga lo que quiera, acaso no lo sea; para nosotras, estas infelices *pueblerinas*, lo es desde luego perder la amistad, ó por lo menos la compañía de un muchacho tan simpático y tan fino como usted.

ÁLVARO. Muchas gracias. ¡Qué nube de flores!... Mi amistad no la perderá usted nunca, Socorrito. Aunque esté en el último pico de los Alpes, seré amigo de usted. La compañía... fuerza es que la perdamos los dos: usted la mía, y yo la suya. Vine á Arenales por dos días, y llevo siete.

SOCORRITO. Seis.

ÁLVARO. Siete; perdone usted.

SOCORRITO. Seis; usted perdone. Llegó usted en la noche del martes.

ÁLVARO. Tiene usted razón. Ni sé el día en que vivo.

SOCORRITO. Por eso yo me encargo de recordárselo.

ÁLVARO. Estoy en las Batuecas. Á lo mejor creo que ya se avecina Semana Santa, y empiezo á ver por las calles gente con careta, y me encuentro con que estamos en Carnaval.

SOCORRITO. ¿Ah, sí? ¿De manera que para usted no hay fechas?

ÁLVARO. Fechas, no. Recuerdo las cosas... los nombres... ¿Qué más da Abril que Mayo?

SOCORRITO. Sin embargo, hay yo no sé qué encanto en poder decir ó pensar alguna vez: tal día, á tal hora, en tal sitio... Hoy hace un año... dos... Quizás esto no vaya tampoco con ustedes los volanderos, los inquietos, los que viven mucho y en muchas partes... Pero desde luego va con nosotras las solitarias, las olvidadas, las pobres *pueblerinas*... Se sienta.

ÁLVARO. La palabra *pueblerina* ¡me hace una gracia!

SOCORRITO. Es exclusivamente mía; pero puede usted emplearla cuando guste. Le doy á usted licencia.

ÁLVARO. Pues la voy á utilizar en seguida. Siéntase junto á ella. ¿Será indiscreto preguntarle á usted, *pueblerina* simpática, ya que hablamos de fechas, cuáles son en su vida las que recuerda con mayor ilusión?

SOCORRITO. Mire usted, lo va usted á saber ahora mismito: el día que me subí el moño, una; cuando tuve la pierna mala, y fui á la ermita á llevarle una pantorrillita de cera á San José, dos; la primera vez que me metí en el tren para ir á Madrid, tres; una cosa que no puede decirse, cuatro; otra cosa que se puede decir, pero que no se la digo á usted, cinco; y... y... Bueno, seis.

ÁLVARO. Me ha escamoteado usted las tres últimas de una manera aviesa.

SOCORRITO. En eso está el chiste. Y que ciertos secretos, cuanto más guardados, más valen. Les da el aire y se chafan. Son de una cosa muy sutil.

ÁLVARO. Castiga usted mi curiosidad avivándola.

SOCORRITO. Sí; porque á usted le interesa mucho lo que yo callo.

ÁLVARO. Cuando se lo pregunto...

SOCORRITO. Ganas de hablar.

ÁLVARO. No; no soy tan frívolo, Socorrito. De veras me interesa usted; me interesan sus cosas... Tal vez más de lo que usted presume.

SOCORRITO. Con ironía. Siendo así, es una verdadera lástima que tenga usted que irse.

ÁLVARO. ¿Se burla usted? ¿También va usted á dudar que siento marcharme?

SOCORRITO. La cara que pone usted es de sentirlo mucho.

ÁLVARO. Pues la cara dice la verdad. Mucho lo siento. Y casi me atrevo á asegurar que usted lo sabe.

SOCORRITO. ¿Yo?

ÁLVARO. Sí.

SOCORRITO. Lo más que sé, es que usted ahora se hace la ilusión de que lo siente. Pero usted lo verá, Álvaro: con el polvo que levante su caballo por el camino, se borrará primero el *Pinar*, y luego Arenales del Río, y después nosotras, y la casa de mamá Dolores... y todo, todo: usted lo verá.

ÁLVARO. Me supone usted muy ligero de condición.

SOCORRITO. Usted tiene la culpa. Más de una vez, hablando conmigo de cosas... así... un poquillo interesantes, me ha dicho que le gusta saltar, correr, gustar de todo muy aprisa, pasar, pasar, pasar...

ÁLVARO. Pasar no es olvidar, Socorrito. Precisamente me agrada pasar, para no llevarme sino lo amable, lo mejor de las cosas. Lo primero que dan todas las cosas siempre es lo mejor. Hay quien ve la flor en el árbol, y se contenta con mirarla, esperando á que cuaje el fruto. Yo, no: yo cojo la flor y me voy.

SOCORRITO. ¿En busca de otra?

ÁLVARO. No sé.

SOCORRITO. Pues pensando así, mañana no se acuerda usted de Arenales.

ÁLVARO. Mañana, y pasado, y siempre. Yo no podré decir: «Tal día... á tal hora... Hoy hace un año... dos...» Pero como llevo el recuerdo en el corazón, adonde quiera que yo vaya, el recuerdo irá conmigo. Y si quiere usted que le diga entera la verdad, va usted á oír: rodando el tiempo, de todas mis emociones, de todos mis recuerdos de Arenales del Río, quedará uno sólo como expresión de todos ellos: el de usted.

SOCORRITO. ¿El mío?

ÁLVARO. Sí. Las impresiones agradables de la vida, las memorias gratas, se mezclan, se confunden, se borran al correr de los días; pero siempre de cada caso, de cada aventura ó desventura, queda algo que se siente vivir, que alienta, que acaricia. Y yo podré olvidar todos los momentos de

Arenales; pero éste no lo olvido. Y yo podré olvidar todo cuanto aquí he visto; pero sus ojos de usted, no.

SOCORRITO. ¿Mis ojos no, Álvaro? ¿Por qué? ¿No son como todos?

ÁLVARO. Para mí, no.

SOCORRITO. Pues ¿qué tienen?

ÁLVARO. Lo que más me gusta de los ojos: que lloran, sin que nadie lo vea.

SOCORRITO. ¿Que lloran?

ÁLVARO. Sí.

SOCORRITO. ¿Y usted cómo sabe que lloran, si dice que nadie lo ve?

ÁLVARO. Si no se supiera más que lo que se ve, algunas veces no se sabría nada.

SOCORRITO. Eso es verdad. Ni siquiera se sabría esperar. Silencio. Me da vergüenza decirle á usted una cosa... Se levanta.

ÁLVARO. Siguiéndola. Dígamela usted.

SOCORRITO. No...

ÁLVARO. ¿Por qué le da vergüenza?

SOCORRITO. Porque sí: no hay más.

ÁLVARO. Entonces no ha debido usted ponerme la miel en los labios.

SOCORRITO. Ahora va usted á hacerme creer que le importa mucho.

ÁLVARO. Mucho me importa. Y le ruego á usted que venza su escrúpulo, y me diga lo que quiera que sea. Socorro calla. ¿Me lo dirá usted?

SOCORRITO. Preferiría que usted lo adivinase...

ÁLVARO. Soy tan torpe... tan torpe...

SOCORRITO. Si es usted muy torpe... ¿qué remedio?... se lo diré yo.

*De improviso preséntase GASPAS por la izquierda.*

GASPAS. Los cabayos están ya como pa retratarlos, y yo esperando na más que usted me diga: «¡Arrel!»

ÁLVARO. ¿Cómo? ¿Qué?

GASPAS. Que ya estamos listos; que cuando usted quiera zalimos pitando.

ÁLVARO. Corriente. Bueno, pues... Después de todo, lo mismo dan las cinco y media que las seis y media.

GASPAS. Lo mismo dan, zeñorito: con una campaná ca una.

SOCORRITO. ¡Ja, ja, ja!

GASPAS. Á la zeñorita le ha hecho gracia.

ÁLVARO. Calla. Tú, aunque sea de noche, ¿conocerás el camino como el Padrenuestro?

GASPAS. ¡Muchízimo mejó que er Padrenuestro! Zobre que vamos á tené una luna más grande que una zandía de Utrera. No ze ezazone usted.

ÁLVARO. Pues véte allá y espéranos.

GASPAS. ¿Espéranos?

ÁLVARO. Espérame, hombre. Me he equivocado. Véte.

GASPAS. ¡Ejem! Vase mirando á Socorruto.

ÁLVARO. Conque, vamos á ver: ¿qué era eso?

SOCORRITO. Dejémoslo ya. Se marcha usted dentro de un cuarto de hora...

ÁLVARO. ¿Y qué tiene que ver? Por lo mismo. Seriedad, Socorruto. Usted me prometió decírmelo, y no debe faltar á su promesa. *Mirando hacia la izquierda*

y contrariado. ¡Ay, Dios de Dios! ¡Esto sí que es terrible!

SOCORRITO. ¿Qué?

ÁLVARO. ¡No nos van á dejar! ¡Don Rufino que me persigue y viene ahí!

SOCORRITO. ¡Qué pesado se pone!

ÁLVARO. Y yo, que ya no vivo hasta que usted me diga eso...

SOCORRITO. ¡Jesús, qué novelero es!... ¡Que no vive!

ÁLVARO. Si nos pudiéramos ocultar... esconder...

SOCORRITO. ¿Escondernos?... Sí.

ÁLVARO. ¿Sí? ¿Dónde?

SOCORRITO. Aquí cerca: detrás de la fuente. Venga usted. Es un sitio que está muy oculto.

ÁLVARO. Vamos, vamos. ¿Me dirá usted...?

SOCORRITO. Venga usted, hombre; que llega don Rufino.

ÁLVARO. Pero ¿me dirá usted...?

SOCORRITO. Por aquí, por aquí...

Se van uno tras otro sigilosamente por el primer término de la derecha.

Por la izquierda viene DON RUFINO, dado á los diablos y achispado, naturalmente.

DON RUFINO. ¡Esto es una vergüenza! ¡Esto no me ha pasado á mí nunca! Y como Rufino me llamo, que se la voy á jugar de puño. De mí se escurre, pero á ver cómo se escurre de las muchachas. Mirando hacia la derecha y llamando á gritos. ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Aquí todas! ¡Tú, ilustre Tonto, ven también! ¡Venid! ¡Venid corriendo!.. Ya le diré yo á

ese mocito lo que es canela. Él es muy dado á la galantería... Cogíte, cogíte.

Acuden sucesivamente JUANITA, ISABEL y el TONTO MEDINA.

JUANITA. ¿Qué es lo que quiere usted, don Rufino?

ISABEL. ¿Qué pasa, don Rufino?

TONTO. ¿Por... por qué nos llama usted, don Rufino? Es... estaba echando una siestecilla.

DON RUFINO. ¿Y las otras?

JUANITA. Las otras, por ahí andarán.

ISABEL. Pero ¿qué sucede?

DON RUFINO. Sucede que me veo en el ridículo más espantoso; que no ha habido persona, personilla ni personaje que pise el *Pinar*, que no salga tambaleándose de mi bodega; y que ha venido á última hora ese niño bonito, y se me va á ir tan fresco. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No es esto un descrédito para mis vinos? ¿Eh? ¿No es esto un bochorno para mí? ¿Eh? ¡En esa bodega han hincado el pico veinte generaciones! Mi padre me contaba que el propio don Rafael del Riego, entonando el himno de su nombre, el de tachín, tatata chinta, salió gritando: «¡Vivan las caenas!» ¡Cómo llevaría el cuerpo de líquido! ¿Y he de consentir yo que ese don Amadís de tres al cuarto se vaya de aquí como una lechuga? ¡Antes ciegue que tal vea! ¡Ó lo emborrachamos entre todos esta tarde, para que no se vaya, ó se ha perdido el amor propio!

TONTO. ¡Muy bien dicho; sí, señor, muy bien dicho!

JUANITA. ¿Y qué vamos á hacer nosotras?

ISABEL. Eso pregunto yo.